

Boletín

CASA MUSEO
JOSÉ CARLOS
MARIATEGUI

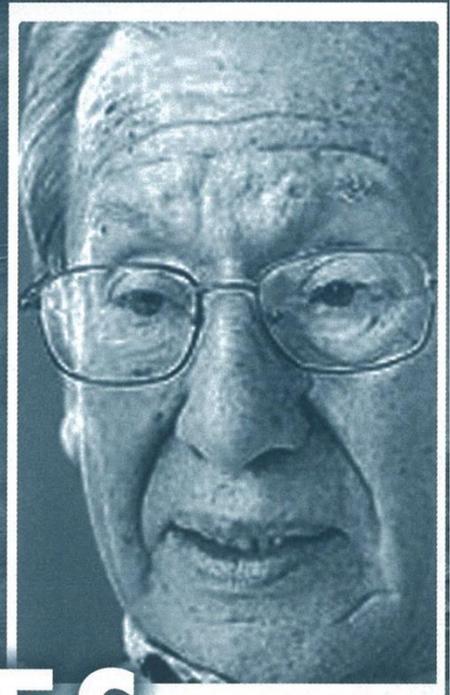
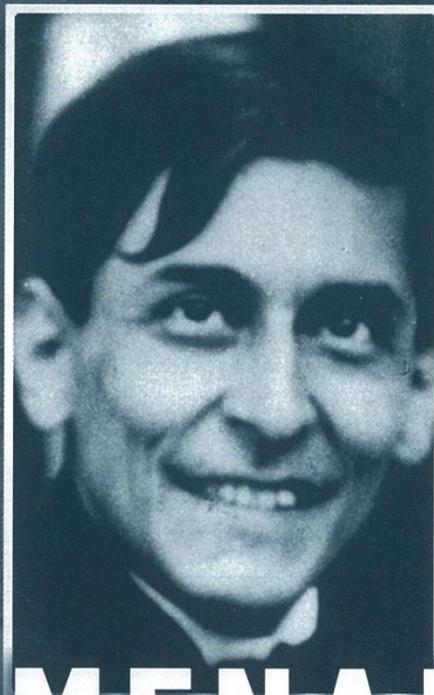
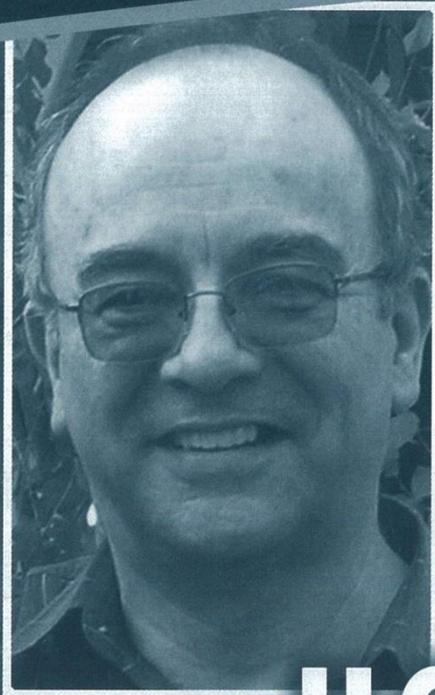
> JCM



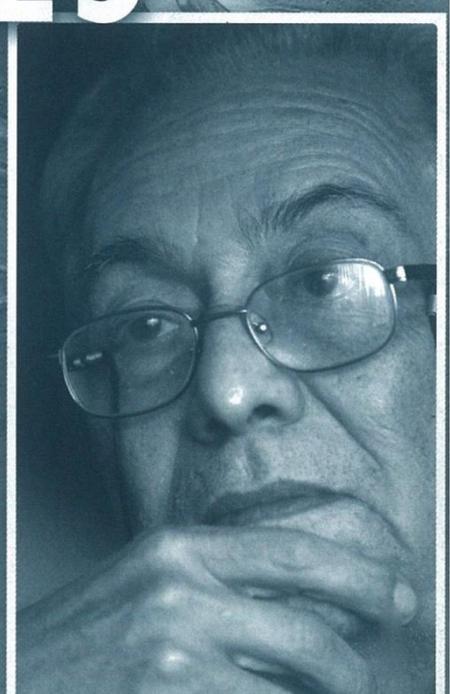
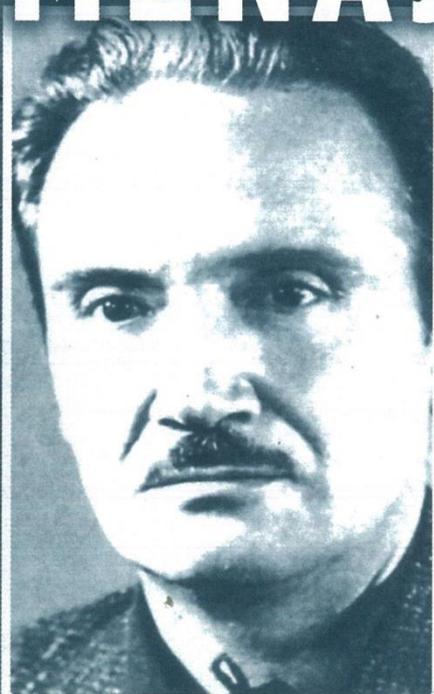
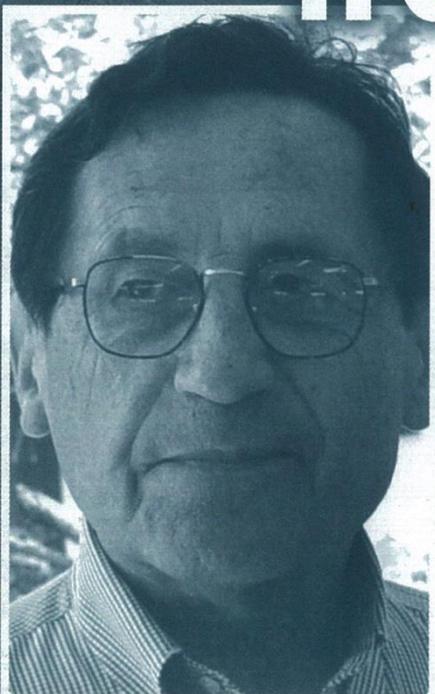
PERÚ

Ministerio de Cultura

Mayo - junio 2011



HOMENAJES



PRESENTACIÓN

Este es un número especial de nuestro boletín. Es una entrega dedicada a rendir homenaje a personajes que, pertenecientes al mundo de las ideas, tuvieron una destacada participación en la vida pública de nuestro país, sea como funcionarios, profesores universitarios, diplomáticos u otras actividades.

El mes de abril nos ha arrebatado a Vicente Santuc (3 de abril), el rector de la Universidad Antonio Ruiz de Montoya y defensor de los valores más humanos. También le dimos el último adiós a Fernando Fuenzalida (14 de abril), antropólogo y profesor universitario que formó a varias generaciones en el amor a la patria. El escritor Carlos Eduardo Zavaleta se fue definitivamente (26 de abril) dejando a la cultura peruana obras (novelas, cuentos y crítica) que enmarcaron un nuevo momento en nuestra literatura.

Más recientemente, el 18 de mayo, dejó de existir Carlos Iván Degregori, antropólogo, estudioso de la realidad nacional, especialmente de la violencia política de los años 80 y 90, y miembro destacado de la Comisión de la Verdad y Reconciliación, además de contar con una prolífica producción intelectual.

Nuestras páginas no podían eludir el compromiso de rendirles tributo, especialmente para que los jóvenes conozcan sus vidas rectilíneas y sus obras que enriquecieron el pensamiento y la dignidad de nuestro país. Todos ellos, representaron lo más noble y generoso de nuestra conciencia nacional, valores que siempre han salido a flote aun en las más profundas crisis que hemos atravesado como sociedad. Agradecemos a Rocío Silva Santisteban, Javier Torres, Roberto Reyes Tarazona y Gustavo Gorriti por permitirnos publicar sus respectivos homenajes a dichos personajes tan queridos.

Continuando con nuestro ciclo de charlas (una por mes) en homenaje a José María Arguedas, el sociólogo Guillermo Rochabrún vino a nuestra Casa Museo el 27 de abril para conversar con los asistentes sobre las ideas del escritor andahuaylino contenidas en sus textos no literarios. El profesor Rochabrún colabora en esta edición con su artículo "Arguedas y Mariátegui" que con toda seguridad estimulará nuevas discusiones sobre estas dos figuras de nuestro derrotero espiritual.

Finalmente, nuestra Casa Museo también está de aniversario, pues hace 17 años fue inaugurada, el 17 de junio de 1994. Buen motivo para que todos nos visiten. Nuestra celebración se completó con la realización de la IX Feria de Museos "Los museos a tu alcance" organizada por la Municipalidad de Lima y la Red de Museos del Centro Histórico de Lima (20 y 21 de mayo), en la que participamos con gran éxito, mereciendo la felicitación de la Alcaldesa de Lima, Susana Villarán.

Estamos seguros que el lector sabrá apreciar el contenido de estas páginas.

Índice

Presentación	2
Carlos Eduardo Zavaleta	3
Vicente Santuc Laborde	5
Arguedas y Mariátegui	6
El Tiempo, la Muerte, la Lucidez	8
Fernando Fuenzalida (1936-2011)	10
Mariátegui: Una Teoría del Periodismo	11
Actividades Culturales	12

Boletín Casa Museo José Carlos Mariátegui Publicación bimensual mayo - junio 2011

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2007-11322

El Boletín no se solidariza necesariamente con las opiniones vertidas por los autores.

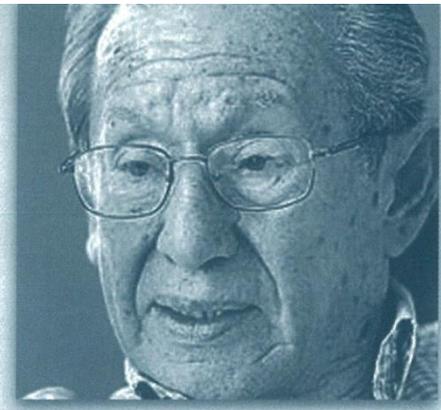
Jr. Washington 1938 - 1946, Lima 1 - Cercado. Teléfono: 330-6074
casamariategui@mcultura.gob.pe / www.micultura.gob.pe

Impresión: María Quispe Bramón
Jr. Ricardo Herrera N° 877 - 104 Lima 01

Fotografías: Archivo Casa Museo José Carlos Mariátegui



CARLOS EDUARDO ZAVALETA



Con el fallecimiento de Carlos Eduardo Zavaleta, el 26 de abril del presente año, se cierra un primer círculo de desaparición física de los narradores de la Generación del Cincuenta, que empezó tempranamente con Sebastián Salazar Bondy y continuó con Eleodoro Vargas Vicuña, Julio Ramón Ribeyro y Enrique Congrains, entre sus más connotados representantes.

Todos ellos, autores de libros de cuentos publicados en los primeros años de la segunda mitad del siglo veinte, le dieron un nuevo rumbo a la narrativa peruana, sea en la línea del neorrealismo urbano, sea en la del neoindigenismo. Salazar Bondy, Ribeyro y Congrains se inscriben en la primera línea; Vargas Vicuña en la segunda; Zavaleta en ambas.

Los libros publicados en esos años: *Nahuín* (1953), *Náufragos y sobrevivientes* (1954), *Lima, hora cero* (1954), *La batalla* (1954), *Gallinazos sin plumas* (1955), por mencionar algunos de los autores señalados, a los que se suman los escritos por sus pares de generación, representan una nueva sensibilidad, un esfuerzo de renovación temática y técnica, una aspiración a responder a las exigencias de un país –y, sobre todo, de su capital– con aspiraciones e ínfulas de modernización. Empiezan entonces a escenificarse historias de inmigrantes andinos en las barriadas recién aparecidas en Lima; las comedias y dramas, a menudo risibles y patéticas, de la creciente clase media urbana; la revelación de la vida de los pequeños pueblos de la sierra, focalizada en sus conflictos familiares y costumbres y creencias ancestrales.

Entre todos ellos, Carlos Eduardo Zavaleta destacó no solo por su capacidad de alternar mundos narrativos que se consideraban antitéticos por entonces, como la sierra y la costa, sino sobre todo por su preponderante papel en la plasmación de lo que sería la modernización de la producción narrativa del Perú.

En 1948, a sus veinte años, fue el primero en publicar un cuento en el que se aplica la técnica del monólogo interior, lo cual, para Ricardo González Vigil, representa

el nacimiento de la nueva narrativa en el Perú. Con este cuento, titulado “Una figurilla”, y con “El cínico” (1948), novela corta de ambiente urbano, con la que había ganado el primer premio de los Juegos Florales de San Marcos en 1947, Zavaleta empieza a cimentar su prestigio literario.

Muy pronto consolida su personalidad literaria, pues no solo se dedicó a componer ficciones, sino también se entregó a la tarea de escribir reseñas, artículos y ensayos sobre la vida y obra de escritores anglosajones, principalmente James Joyce y William Faulkner, los mayores renovadores de la prosa narrativa del siglo veinte. Además, participó en la edición de revistas representativas de esos años, como *Centauro* y *Letras Peruanas*, en las que se difundía la producción filosófica, literaria y artística de los más importantes autores europeos y norteamericanos de entonces. Por si fuera poco, tradujo algunas páginas del *Ulises*, de Joyce, así como poemas del mismo autor, y de creadores de la talla de T. S. Eliot, William Carlos Williams, Allen Gisberg y otros.

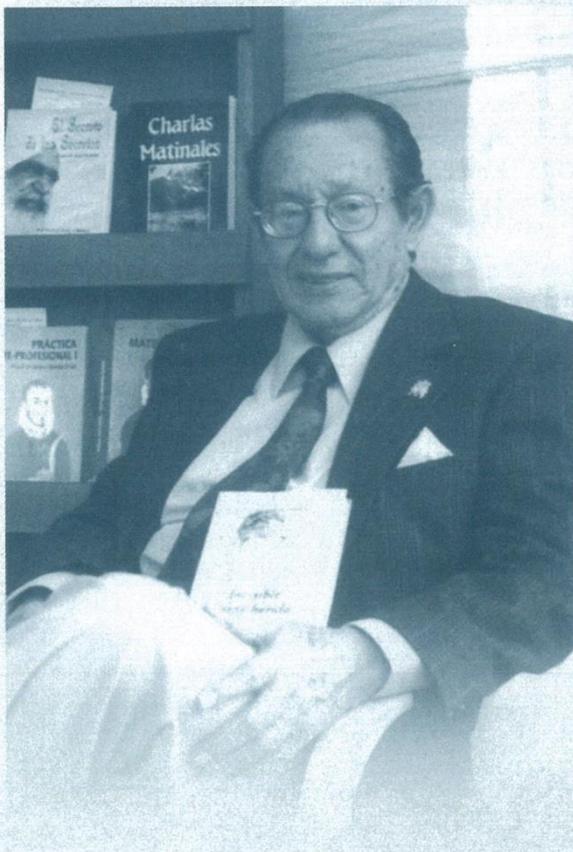
Zavaleta fue un incansable promotor de la literatura moderna, pero, por sobre todo, fue un creador, y, como tal, llevó el monólogo interior, los juegos temporales en los planos narrativos, la desmesura y la fatalidad trágica en el diseño de los personajes, a su propia obra. Como ya señalamos en un párrafo anterior, fue el primero que utilizó el monólogo interior en la narrativa peruana, antecediendo en ello a Oswaldo Reynoso (*Los inocentes*, 1961) y a Mario Vargas Llosa, que lo utilizaría profusamente en *La ciudad y los perros* (1963).

Cuando Zavaleta empleó estas y otras técnicas narrativas para crear *Los Ingar* (1955), *El Cristo Villenas* (1956) y sus primeros cuentos ambientados en la sierra ancashina. A los primeros críticos de su obra les costó asimilar el que estas estrategias narrativas se pudieran aplicar al mundo andino, abordado hasta entonces desde un enfoque tradicional, en el que se reproducían sus problemas mediante recursos convencionales.

En sus primeros libros, al lado de cuentos desarrollados en el mundo de los pequeños pueblos andinos, Zavaleta presentaba ya algunos de ambiente citadino. En 1961 publica *Vestido de luto*, conjunto de cuentos concebidos íntegramente dentro de la línea del neorealismo urbano. Posteriormente, abordó el ámbito internacional, como en la novela *Un día en muchas partes del mundo* (1979). Para entonces, ya había incursionado en este género, con *Los aprendices*, que publicó en 1974.

Esta novela representó su primer intento de integrar los dos principales universos narrativos del país: la sierra y la costa. Antes, con "Juana la campa te vengará", cuento perteneciente a *Niebla cerrada* (1970), diseñaría un personaje femenino con el que llevaría la atmósfera de la selva a sus ficciones. De esta manera hacía notar ya su afán integrador.

Posteriormente, muchos de sus cuentos y novelas se desenvolverán en algunas de las ciudades que conoció muy bien: Viena, París, Madrid, Nueva York, etc., pero



no por un afán de cosmopolitismo, sino porque con las experiencias fuera del país se podía iluminar la vida de personajes que nunca perdían su ligazón con el Perú. La novela *Pálido, pero sereno* (1997), es ejemplar en este sentido. En esta extensa narración, quizás la más ambiciosa que escribió, se advierte la maestría y versatilidad de un escritor que ha profundizado en las pasiones humanas más arraigadas, que ha transitado por todo tipo de ambientes, que ha usado prácticamente todas las técnicas modernas.

Es necesario destacar que sus mayores méritos no provienen de su aspiración a universalidad geográfica, pues gracias a su talento, su inteligencia narrativa, su amplia cultura y su experiencia vital (nació en Caraz, se crió en Chimbote, estudió su profesión y vivió en Lima y, años después, se desempeñó como diplomático en varios países), fue capaz de caracterizar de manera estupenda ambientes y personajes inolvidables de diverso origen, psicología, cultura y época. Además, Zavaleta fue un hombre atento y sensible a los hechos que han ido jalonando la historia del país, de manera que en su obra aparecen acontecimientos trascendentes, como el terremoto de 1970, elemento central en la ya mencionada *Pálido pero sereno*, y la guerra interna que se desató en el país por más de dos décadas, tal como puede observarse en *El padre del tigre* (1993).

Aunque nadie deja de reconocer sus aportes en el surgimiento de la narrativa moderna en nuestro país, su impecable manejo técnico y su infatigable dedicación al trabajo literario, es poco lo que se ha escrito sobre su obra. Y es que, si bien no hay historia o tratado sobre la literatura peruana que deje de reconocerlo como pilar de la novela moderna del país, existen escasos trabajos sobre su obra, siendo el mayor el libro-homenaje titulado *C. E. Zavaleta: hombre de varios mundos* (2009), recopilación de diversos textos sobre su obra, realizada por Tomás Escajadillo.

En las actuales circunstancias, en la que es inevitable echar una mirada a su obra, se advierte la necesidad de llevar a cabo un trabajo o trabajos integrales que acometan la inmensa y ardua tarea de estudiar en profundidad su copiosa y rica producción, la misma que sin duda es una fuente inagotable de enseñanzas literarias y humanas aún por descubrir, sobre todo en el caso de sus últimos cuentos y novelas.



VICENTE SANTUC LABORDE



“Déjate llevar por el dolor, deja que el dolor invada tu cuerpo, no te resistas, vive ese dolor y vas a ver que el dolor pasará”. Esas palabras, que llevo grabadas para siempre, fueron el mejor consuelo que alguna vez me dijera Vicente Santuc Laborde, en momentos de tristeza profunda y desesperación. Vicente Santuc (1937-2011), jesuita, filósofo, investigador en temas campesinos, activista de Piura, profesor universitario y admirador de Nietzsche, rector de la Universidad Antonio Ruiz de Montoya, especialista en ética y política, lamentablemente falleció la semana pasada en París, cuando apenas había comenzado su año sabático y estaba entusiasmado en empezar sus investigaciones en el centro Sèvres. Mientras escribo estas líneas su cuerpo, que será enterrado en Montparnasse, está siendo velado lejos de la tierra a la cual él le dedicó más de cuarenta años de su vida.

Vicente era un maestro: en el confesionario y en las aulas. Vicente nos enseñaba a amar al Perú en sus detalles, a tratar de entender que somos intensos y complejos, como tantos otros países sobre la tierra, pero que además nuestra potencialidad no es solo nuestra geografía o la comida sino la historia misma, la propia dinámica de los cambios sociales, la voluntad popular de confrontar y de superar adversidades. Vicente odiaba, desde las tripas, como él mismo decía, la frase resentida que se repitió mucho durante la década del 80: “este país de mierda”. Esa frase no le dolía, le ardía, y recordaba que uno debe entregarse al país y no estar refunfuñando por lo que el país no te puede dar. Además, como buen francés y como buen jesuita, Vicente Santuc estaba totalmente convencido del Estado laico y difería de algunas autoridades eclesásticas sobre los bordes entre el Estado y la religión.

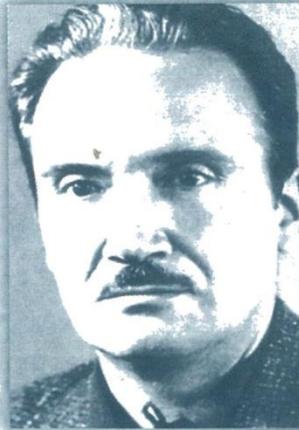
Defendía una teoría del Estado en la que el principio ético estuviera intrínsecamente vinculado con la política, no por bondad sino precisamente por la misma idea de que los seres humanos somos “identidad e ipseidad”, uno y otro a su vez, o como él recordaba en sus clases citando a su paisano Jean Arthur Rimbaud: “yo es otro”.

Tenía la curiosidad del humanista que se interesa por la coyuntura política pero también por los grandes descubrimientos científicos, por el avance de las nuevas tecnologías, por las teorías sobre el universo, y con él he discutido sobre Richard Dawkins, el publicista del ateísmo, y su propuesta de divulgar el agnosticismo como una manera de liberarse de la culpa religiosa. Vicente sostenía que Dawkins no entendía la religión como un re-ligare y él mismo proponía que Dios estaba más cercano a la plenitud, la intensidad, la bondad y la apertura al mundo de la vida que al miedo o a la venganza. Como buen nietzscheano su visión de Dios era encarnada: precisamente le fascinaba de Nietzsche esa crítica al cristianismo como una vulgarización de Platón y la dualidad mente-cuerpo. Para Vicente, el cuerpo y todos sus abismos eran parte imprescindible de la vivencia de Dios. Por eso siempre me decía que la mejor manera de rezar era permanecer en silencio, de noche, en la sala, mirando por la ventana y tratando de escuchar ese imperceptible rumor interno que es la voz de nuestra identidad.

Lo intentaremos, Vicente; intentaremos que el dolor de tu muerte nos atraviese para que nos deje. Y a su vez intentaremos que tu memoria sea esa ancla para no dejar a la mente como el motor de nuestras acciones, sino a las entrañas, sobre todo, al corazón.



ARGUEDAS Y MARIÁTEGUI¹



Muchas veces Arguedas dio testimonio de su clara adhesión a la figura y el pensamiento de Mariátegui. Sin embargo, como difícilmente podría ser de otra manera, esta relación es múltiple y compleja, imposible de aprehender en una frase. Voy a intentar hacer un balance, distinguiendo varios planos: la ubicación biográfica y generacional de cada uno, la posición ideo-política, las ideas sobre el país y en particular el mundo andino, y finalmente su ubicación ante el mundo occidental.

Generación y Época. Hay 17 años de diferencia entre el nacimiento de Mariátegui y el de Arguedas, pero esta distancia se expresa en términos históricos en que hasta la muerte de aquél (1930) la intelectualidad, tanto conservadora como radical, deseaba la transformación del país —sea occidentalizándolo, o “indigenizándolo”—, al tiempo que el orden socio-económico y cultural era visto por unos y otros —para bien o para mal, en lo bueno y en lo malo— como casi inamovible. En los años 20, Mariátegui, como Hildebrando Castro Pozo en la década siguiente, asumía *posibilidades* de cambio; por ejemplo, con la formación de una clase proletaria, o de un movimiento “indigenista”. A partir de ahí deberían ocurrir cambios en una dirección revolucionaria; pero Mariátegui no veía que ya estuviesen ocurriendo transformaciones efectivas. El cambio parecía venir solo de la acción política, ya fuese del Estado, las clases dominantes, o el partido revolucionario. En Mariátegui la formación de organizaciones obreras, campesinas e indígenas parecían ser pequeños movimientos en una montaña inmóvil.

En cambio, cuando Arguedas empieza a publicar en diversos medios a partir de 1938, percibe cambios espontáneos en curso. Los encuentra en la ampliación de la red de caminos, el desarrollo del comercio, la aparición de nuevas ocupaciones; y en particular la expansión del idioma castellano y del alfabetismo, con

transformaciones consiguientes en la subjetividad de los individuos, y en las relaciones sociales entre indígenas, mestizos y mistis. Se trata de cambios en espacios locales, pero que tienen lugar en la generalidad del territorio nacional. Estamos todavía lejos de las migraciones masivas, que ocurrirían sobre todo a partir de los años 50, sobre las cuales, curiosamente, Arguedas no escribiría. Como tampoco lo haría sobre las experiencias guerrilleras de los años 60.² Las generaciones posteriores experimentarían el cambio como un aluvión incontenible; de lo que se trataba era de darle cauce.

Posición Ideo-política. Arguedas y Mariátegui no solamente tienen una resuelta posición a favor de las clases explotadas, sino que confían en su capacidad de acción autónoma; por ello ambos rechazan todo tipo de paternalismo. Así también Arguedas se manifiesta en una línea *socialista*, precisamente a partir de Mariátegui. Pero mientras que este se declaró marxista “convicto y confeso” e inició una interpretación marxista de la realidad peruana, al parecer Arguedas fue reticente frente a sistemas de ideas que se mostrasen cerrados o muy estrictos. Así también, en su breve vinculación con el Partido Comunista sintió que la disciplina partidaria no era para él. Por el contrario, si bien Mariátegui manejó el marxismo con tal creatividad y autonomía que diversos comentaristas han dudado que fuese marxismo, estaba dispuesto a asumir las exigencias de la empresa revolucionaria. En cambio el norte de Arguedas era post-revolucionario: un mundo regido por relaciones fraternales, frente al egoísmo y la ambición del orden establecido. Un ideal tan socialista como cristiano.

Ideas: En este campo hay un espacio muy amplio de coincidencias, donde muchas diferencias pueden explicarse por cambios que Mariátegui ya no conoció, incluso en el conocimiento. Ambos toman como punto de partida para entender al país, sus problemas y

1 Este breve escrito ha sido extractado de un trabajo en curso sobre lo indio y lo mestizo en José María Arguedas, trabajado a partir de sus escritos antropológicos y artículos sobre las artes populares.

2 Pero hay alusiones a esa migración en su obra literaria; por ejemplo en *Todas las Sangres* y en el poema a Tupac Amaru II. Respecto a lo que hubo de lucha armada en los años 60 están solamente las cartas intercambiadas con Hugo Blanco, cuando este estuvo en prisión.

posibilidades, la dominación colonial de un poder de origen u orientación occidental —con diversas capas de “modernidad”— sobre la población originaria. También ambos ven la existencia de dos *matrices culturales*: la occidental y la indígena. La relación entre ellas sigue la pauta de dominación colonial ya mencionada.

Dado que se trata de *matrices* —es decir, complejos estructurados y estructurantes— Mariátegui rechaza la idea del mestizaje como forma de entender al país y resolver su problemática: las mezclas —dice— han creado una variedad compleja en lugar de resolver la dualidad existente entre el indio y el español.³ Es decir, ambas matrices actúan a la manera de dos polos: toda mezcla terminará gravitando hacia alguno de ellos, porque como tal carece de consistencia propia. Aquí coincide ampliamente con Arguedas, pero también hay diferencias. En este parece ser más explícita la desigualdad *de facto* entre ambos mundos: occidente cuenta con un mundo socio-político y una economía completa y avasallante. En cambio la cosmovisión andina existe *sobre todo* como cultura; por eso, en cuanto a agentes y agencias se refiere la diferencia entre ambos mundos es abismal.

En ninguno de ellos hay oposición entre “tradición” y “modernidad”. Para ambos la “tradición” es el resultado de prácticas que deben enfrentar condiciones cambiantes, y cambiar ellas mismas. Para Mariátegui pueblos no occidentales —India, China, Japón, Turquía— han fortalecido sus identidades respectivas a través de una absorción selectiva de elementos de la cultura occidental. Pero esta mirada permaneció a un nivel genérico y panorámico; Arguedas en cambio desciende a niveles más específicos, encontrando varias dinámicas que él ve con entusiasmo, como en el valle del Mantaro, o en Puquio a través de nuevas relaciones entre indígenas y mestizos.

Si tenemos en cuenta su larga práctica como animador cultural parece claro que para Arguedas las cosmovisiones, la cultura, son praxis que persisten mediante su permanente reproducción y renovación. Por otro lado Mariátegui, quien no estudió en detalle la cosmovisión andina, da visiones en principio contradictorias de ella. De un lado parece una formación inmutable —cuando afirma que el indígena contemporáneo es básicamente igual al indígena prehispánico—, mientras por otro piensa que los

indígenas influenciados por el trabajo en las minas bajo relaciones capitalistas, llevarían —muy fácilmente— la ideología revolucionaria al mundo campesino. Arguedas en cambio pensaba que el “indio” había cambiado a lo largo de la historia, idea que podría haber sido influida por los estudios de los primeros etnohistoriadores venidos de EEUU en los años 30 y 40, para quienes el indígena a partir del siglo XVII era muy diferente al indígena prehispánico.⁴

También hay una diferencia terminológica entre Arguedas y Mariátegui en la distinción, que entre todos los pensadores sobre el mundo andino *solamente* se encuentra en Arguedas: la que hace entre “indio” e “indígena”. Aún sin ceñirse a ella en todo momento, lo “indio” era lo autóctono en tanto sojuzgado por la dominación colonial. A diferencia de los indigenistas y de Mariátegui Arguedas rechaza el término, pues los indígenas no se llaman a sí mismos “indios” —una *política de nominar* que nadie más siguió. En Arguedas la resistencia al cambio que puede encontrarse en la sierra sobre todo, se debe a la dominación colonial. Por lo mismo afirma y lamenta que lo indio —en el sentido indicado— “retrocede con una lentitud pavorosa”. Por el contrario “lo indígena” es lo autóctono que goza de un margen de libertad que le permite incorporar en forma autónoma elementos provenientes de otras culturas. En los años 50 podía Arguedas llegar a afirmar —y *celebrar*— que lo indígena desaparecería en una o dos generaciones, para constituirse en su lugar un mundo indígena *mestizado*, pero *desde su propia matriz*.

Occidente. La población indígena debe ser “la base de la nacionalidad”, ¿pero cómo debe entenderse ello, si para Mariátegui “no hay salvación” fuera de la ciencia y la técnica occidentales, y si para Arguedas el mundo indígena debe aprender y *dominar* el idioma castellano —aún si penetrándolo de la sensibilidad y la idiosincrasia que se expresa en las lenguas aborígenes?

Ambos fueron occidentales —en Arguedas los traumas que sufrió son una clara evidencia de ello—, que buscaron superar las aporías de ese mundo desde el socialismo. Desde ahí valoraron el mundo andino, y no al revés. Ambos también pensaban que en Occidente había elementos irrenunciables, pero en Arguedas aparece con más claridad la capacidad de la matriz indígena para apropiarse de occidente.

3 José Carlos Mariátegui, *7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Empresa Editora Amauta, Lima 1968, p. 269

4 Trabajos como los de Kubler, Mishkin y Tschopik, que fueron publicados por Julian Steward en *The Handbook of South American Indians* (1946) lo sostenían. Esas ideas circularon ya en la década del 30, cuando los investigadores mencionados hicieron sus estudios en Perú.



EL TIEMPO, LA MUERTE, LA LUCIDEZ*



El martes por la tarde visité a Carlos Iván Degregori en su casa, donde él aguarda la muerte con serena valentía y plena lucidez. Los años de madurez creativa que el cáncer trunca se concentran ahora en las semanas y los días de creciente claridad mientras se acerca la noche.

Sentado junto a su escritorio, al que llegó caminando erguido y animado, Carlos Iván me describió con desapasionada naturalidad, cómo avanza en él la última etapa de la vida: el cuerpo se debilita inexorablemente pero la mente se fortalece, comprende y encuentra la paz. "Es una palabra muy manoseada," dijo, "pero ahora no se me ocurre otra mejor". No es resignación, añadió, sino abarcar la totalidad de su vida —su esfuerzo y creación, y aceptarla. "Me quedo sin lograr mucho que hubiera querido hacer, pero necesitaría otra vida...no la tengo, con la que he tenido estoy en paz".

La suya, me dijo, es la paz del agnóstico que no sabe qué habrá después de la última quietud: si la nada o el inicio o la continuación de algo. ¿Cómo tener miedo, entonces, si la curiosidad intelectual que te permitió descubrir tantas cosas nuevas y varias inesperadas en la vida, te acompaña hasta el final de la luz?

El cáncer al páncreas es casi invariablemente letal. Las excepciones son tan raras como un milagro: Steve Jobs es una de ellas. Ese cáncer es mortal y es rápido, pero en contraposición permite mantenerse lúcido y entero (si antes has sido lo uno y lo otro) hasta bordear el final.

Veo la serenidad de Carlos Iván, el sentido del humor discretamente afilado como para no ofender visitas y recuerdo a Howard Simons, el director (allá se llama 'Curador', vaya a saber porqué) de la fundación Nieman de periodismo en Harvard, cuando llegué en el lejano 1985 con mi esposa, mi hija mayor y mi segunda hija por nacer. Howard había sido el legendario Managing Editor, jefe de redacción del Washington Post que hizo posible

la cobertura del caso Watergate, y su ingenio mordaz y sarcástico ocultaba imperfectamente su nobleza.

En 1988 le detectaron a Howard cáncer al páncreas y él decidió no someterse a ninguna terapia. En pocas semanas se le fue el peso del cuerpo pero no disminuyó en nada ni la vitalidad de su mente ni la quemante chispa de su ingenio. Aunque muchos teníamos que esforzarnos para contener las lágrimas al hablarle, él se esforzaba más bien, apelando libremente al humor negro o, como se traduce literalmente del inglés, al humor de cadalso, para que cada despedida, incluyendo la final, fuera con una ironía y una sonrisa.

Responder la sonrisa de la muerte con otra irónica y un epigrama final... cuánto valor se precisa; cuánto libera lograrlo.

Conversando el martes por la tarde, Carlos Iván concuerda con lo importante que le ha sido mantener el sentido del humor. No convertir lo absurdo del destino en angustia sino en ironía.

Fui a verlo ese día porque me enteré que su lucha de casi tres años contra el cáncer pancreático, que sobrevivió todos los pronósticos médicos, y que por un tiempo dio también la ilusión de que podía ser otro milagro, se aproximaba ya al fin.

Fui a despedir a una persona que respeté y admiré desde que lo conocí, en los 80 del siglo pasado, cuando cada cual investigó e interpretó la guerra interna, Sendero Luminoso. Había quedado además en ser uno de los presentadores del último libro de Carlos Iván: "Qué difícil es ser Dios", cuyo subtítulo describe bien el tema: "El Partido Comunista del Perú — Sendero Luminoso y el conflicto armado interno en el Perú: 1980-1999". Deseaba que Carlos Iván pudiera participar de alguna forma en la presentación y quería saber si eso era posible.

No lo sabe él, no lo sabe nadie. Cada día el avance final del cáncer le erosiona más el cuerpo a la vez que pareciera fortalecerle la mente y el ánimo.

* Salió publicado en la revista *Caretas* No. 2178, Lima, 28 de abril de 2011.

Me dice que va a volver ver “el séptimo sello”, de Ingmar Bergman. En la película, de 1956, un caballero, encarnado por Max Von Sydow, regresa de las Cruzadas a una Europa asolada por la peste negra, enloquecida por la superstición y el fanatismo. El caballero cuestiona e interroga a la Muerte, mientras la enfrenta en una partida de ajedrez.

No hay tablas en esa partida que, por lo general, es una sola. Pero si hablar con la muerte supone casi siempre un diálogo corto, hablamos demasiado poco de la muerte y por eso la mayoría está tan mal preparada para encontrarla.

Con Carlos Iván terminamos hablando con desapasionamiento y calma sobre el morir, la muerte. Me contó cómo fue la etapa primera de las luchas y las terapias, las quimios y las radios, tan duras pero que a ese precio alto le regalaron meses de vida. Cómo llegó aquel lapso en el que pareció haber vencido, antes de darse cuenta que solo había sido una tregua breve. Después vendrían las discusiones con un oncólogo ilustrado, sobre qué terapias abandonar y cuáles mantener, hasta tomar ambos la decisión de terminar todas.

Ahora, Carlos Iván ha pasado a la otra etapa médica que le ayuda a mantenerse entero: el cuidado paliativo, la lucha contra el dolor.

La casa en lugar del hospital; la familia cerca, los libros, los amigos, la morfina. Al comienzo, Carlos Iván temió que la morfina le hiciera perder claridad intelectual. Pero eso no sucedió. “Hubo sueños muy fuertes al comienzo”, pero pronto se llegó a la dosificación precisa para restringir el dolor.

En sus años de estudiante en Ayacucho, Carlos Iván fue testigo de cómo se incubó en las mentes la violencia que desgarró luego al Perú. En los años 80 y 90, le tocó estudiar, describir y analizar la guerra interna que desbordaba comarcas y entendimientos. En la primera década de este siglo, fue el principal redactor del informe de la CVR. Su prosa limpia y su pensamiento claro describieron las más trágicas irracionalidades, las vesánicas crueldades que destruyeron los cuerpos y mutilaron las almas de decenas de miles de víctimas de la guerra interna.

Ahora, el ilustre escritor, el cronista de esas guerras y tragedias contempla el escenario entero que estudió y describió, sabiendo que ya posee el conocimiento y la agudeza para comprenderlo pero no tiene el tiempo para expresarlo.

Le pregunto si puedo escribir en este artículo parte de lo que hemos hablado y me responde que sí. “No sé cómo será en el momento final”, repite, “pero ahora estoy sereno, en paz”.

Me despido de Carlos Iván, con gran afecto, con orgullo de haberlo conocido, pero sin tristeza. En un tiempo más, semanas, meses, algunos años, todos moriremos y la mayoría expirará asustada, temerosa, dolorida o dopada, sin tiempo para pensar en sus vidas, sin lugar para encontrarle sentido, sin ocasión para armar el tablero y abrir el juego con una pregunta y cerrarlo con la respuesta secreta.

La respuesta es esa lucidez que forman la inteligencia, la intuición y la entereza, que aunque se apague trasciende el tiempo de la vida y en su comprensión, como expresó de los libros el gran Quevedo, “al sueño de la vida hablan despiertos”.

Ojala que todos pudiéramos morir con esa lucidez. Sabríamos, como Carlos Iván, que además de haber vivido una vida plena logramos trascenderla.





FERNANDO FUENZALIDA (1936-2011)*



Mi primera clase de Antropología en la PUCP me la dio Fernando Fuenzalida en 1985 y lo primero que nos dijo fue: "Si no tienen capacidad para observar, mejor no se dediquen a la antropología". Fuenzalida escribió a fines de los años 60 dos textos fundamentales para la antropología peruana. En uno rompía con una serie de lugares comunes sobre la comunidad campesina, y en el otro hablaba de una cadena arborescente que permitía entender mejor las complejas relaciones entre poder, raza y etnia en nuestra sociedad.

Sin embargo, en los años ochenta Fernando era un conservador y había sido miembro de la Comisión Uchuraccay que presidiera Vargas Llosa. Para un estudiante de izquierda como yo en ese entonces, el informe presentado por la Comisión no era más que un operativo de "limpieza" del crimen que —a mi entender— había sido cometido por las Fuerzas Armadas. Pero a pesar de ello, era imposible no admirar a un maestro como Fuenzalida cuya erudición parecía ilimitada, y lo que era más sorprendente, siempre dispuesta a desplegarse ante cualquier pregunta de sus alumnos.

Así, una pregunta sobre la violencia en el fútbol podía convertirse en un viaje por el tiempo, la historia, la geografía y el gran conflicto entre el nacionalismo y el internacionalismo en el siglo XX. Por supuesto, esto no era del gusto de todos los alumnos ni de las autoridades de la Facultad, ya que nunca había un programa definido en sus cursos ni mucho menos exámenes, que como delegado de los estudiantes le tuve que reclamar en más de una oportunidad. Pero a Fernando eso le importaba poco, y lo mismo a la mayoría de sus alumnos, porque escucharlo y leer los libros que recomendaba estaba entre lo mejor de nuestra formación.

Fernando tuvo una vida compleja y no exenta de polémicas, incluso fue víctima de una absurda prisión, de la cual salió golpeado pero airoso, convirtiéndose en asesor de la Fiscal de la Nación. Precisamente, ocupando dicha función tuvo la gentileza de invitarme a una reunión de trabajo luego del asesinato del alcalde de Ilaya en el 2004, en la que mis amigos Wilfredo Ardito, Martín Tanaka y yo pudimos explicar a los aterrorizados fiscales de Puno que el pueblo aymara no era un pueblo de salvajes dispuestos a lincharlos igual que al alcalde. Así, casi veinte años después de aquel primer curso supe que estaba dando el examen que Fernando nunca quiso tomarme, y que aprobó con su voz grave, su cigarrillo en la boca y una generosa sonrisa.

* Publicado el 26 de abril de 2011 en *Diario 16*.



MARIÁTEGÜI: UNA TEORÍA DEL PERIODISMO*

Parte de la idea de que José Carlos Mariátegui no es solo un periodista extraordinario, sino también un teórico precursor de ideas actuales sobre la comunicación social.

Su punto de vista sobre el periodismo se traduce en la creación del primer diario socialista del Perú, *La Razón*, que es anterior a su deportación a Europa. Antes, cuando trabajaba en el diario *El Tiempo*, en el momento del paro por la jornada de ocho horas, en enero de 1919, ofreció tribuna solidaria y crónica veraz del movimiento. Esto hizo que el gobierno de José Pardo clausurara el diario por "soliviantar el ánimo de las clases populares".

A su retorno de Europa, en 1923, lo primero que hizo fue no sólo asumir la dirección de la revista *Claridad*, hasta entonces "órgano de la juventud libre": sino convertirla en órgano de la Federación Obrera Local, central sindical creada por los anarquistas.

Esta inclinación a poner a la prensa al servicio de las mayorías y a convertirla en medio de expresión de estas, se tradujo en la fundación, en 1924, de la Editorial Obrera Claridad.

En general, Mariátegui privilegió en su madurez el ensayo y el reportaje, y precisó que la crónica experimentaba un cambio, superaba una etapa. La del cronista egocéntrico, sensiblero y superficial quedaba atrás; la crónica, dijo, ha pasado "a manos más graves o finas".

El deslinde se ahonda más adelante, cuando dedica un texto íntegro a Enrique Gómez Carrillo, que era considerado el "príncipe de los cronistas" y cuyos escritos se reproducían en multitud de diarios y revistas de Hispanoamérica. Mariátegui acentúa el distinguo entre las dos etapas de la crónica, al colocar comillas a la encarnada por Gómez Carrillo. La valoración mariáteguiana apareció en *Varietades* el 3 de diciembre de 1927. Ahí se lee:

"El cronista típico carece de opiniones. Reemplaza el pensamiento con impresiones que casi siempre coinciden con las del público. Gómez Carrillo era, sobre todo, un impresionista. Esto era lo que en él había de característicamente tropical y criollo. Impresionismo, he allí el rasgo más peculiar de la América española o mestiza. Impresionismo: color, esmalte, superficie".

* Fragmentos tomados de la editorial del Diario *La Primera*, Lima, Martes 14 de Junio de 2011.



**CONFERENCIAS -
HOMENAJES**

Martes 7, 07:00 p.m.
Oswaldo Reinoso. *Los inocentes y 80 años de vida.*

Martes 14, 07:00 p.m.
Homenaje a José Carlos Mariátegui.
Reflexiones de hoy en torno a Mariátegui.
Expositor: Raimundo Prado

Martes 21, 07:00 p.m.
Amazonía, poblaciones y cultura
Expositor: Roger Muro

Martes 28, 07:00 p.m.
Mariátegui, Dimitrov y el Frente Único
Expositor: Bladimiro Guevara

Organizan:
Asociación de Amigos de Mariátegui

Jueves 09, 06:00 p.m.
Arguedas y Mariátegui
Expositora: Carmen María Pinilla
Organiza: Casa Mariátegui

EXPOSICIÓN

Expresiones de Mariátegui
Muestra documental en la que apreciaremos las diversas expresiones de Mariátegui, según el punto de vista de los artistas a través de sus óleos, entre ellos destaca: Francisco Izquierdo, Etna Velarde, Bruno Portugues, Fanny Palacios, Ever Arrascue, Sonia Estrada, Li Ning y Kawide. Asimismo, se exhiben los libros que pertenecieron a la biblioteca personal del Amauta.

Organiza: Casa Mariátegui

Horario de visita: De Martes a Viernes, de 09:00 a.m. a 20:00 p.m. y Sábados y Domingos, de 09:00 a.m. a 01:00 p.m

VIERNES LITERARIOS

Homenaje a José Carlos Mariátegui
07:00 p.m.

Viernes 3
La cultura en los planes de gobierno de Gana Perú y Fuerza 2011.

Viernes 10
Héctor Ñaupari, Raúl Allain, Iván Fernández y Carlos Luján (Poesía).

Viernes 17
Presentación del libro *Minificciones* de José Beltrán Peña y el CD "Alucionación Sociomorosa" de Seira.

Viernes 24
Antonio Silva García, Oscar Aguirre Mendiz y Benjamín Escaró (Poesía).

Organiza: Casa Mariátegui

**SERIE "EL AMAUTA"
ABRIL**

Esta serie relata la vida de Mariátegui desde su infancia hasta 1919, es decir, previo a su viaje a Europa. En ella, podemos apreciar su vida familiar, su ingreso al periodismo, el descubrimiento político y su entorno de intelectuales y escritores más importantes de su tiempo. Directores: Federico García y Pilar Roca.

117° aniversario del nacimiento de José Carlos Mariátegui.
06:00 p.m.

Exhibición de la serie "El Amauta"
Director: Federico García

Jueves 2
Capítulos I

Jueves 9
Capítulos II

Jueves 16
Capítulo III

Jueves 23
Capítulo IV

Jueves 30
Capítulo V

SERVICIOS DE LA CASA MUSEO: • Visitas guiadas a grupos (previa cita) • Proyección de vídeos y charlas educativas sobre la vida del Amauta (previa cita) • Biblioteca José Carlos Mariátegui (textos sobre el Amauta y otras materias en general). • Realización de actividades culturales: conferencias, seminarios, exposiciones.

HORARIO DE ATENCIÓN: Oficina: Lunes a Viernes: 9:00 am a 1:00 pm / 2:00 pm a 5:00 pm. Visitas: Lunes a Viernes: 9:00 am a 1:00 pm / 2:00 pm a 9:00 pm. Sábados: 9:00 am a 1:00 pm.